

# SOMBRA INTERIOR

Alejandro Javier Celi Sandoya

Image not found.

# Capítulo 1

título: Sombra interior.

Alejandro Celi, 2016.

Twitter: @javialex2003.

ISBN: 978-9942-14-269-6

Registro IEPI: certificado No GYE—006191

Es un 5 de Octubre del Guayaquil Antaño. Llega fría la mañana. El sol por momentos dice sin fuerza y en silencio que se encuentra presente, y con aquella emotiva circunstancia llega al mundo Jax Manuco, envuelto entre los brazos de Ana, la digna y célebre artista de aquel teatro Olmedo que siempre llevaba el corazón encendido en lo más profundo de su interior, demostrando esta vez su nueva faceta humana, la de ser madre, en donde su propio interior fue testigo de observar cómo florece aquel sueño de tener algo propio, que al fin llegó. Con aquella vivienda de color agua sobrenatural ubicada en la calle Aguirre, y con la ayuda del doctor Carlos Matheus, quien con un sortilegio fantástico da a conocer que Jax Manuco llegó a este mundo para que de una manera incierta descifre el extraño significado de una historia llena de metas. En ese momento Ana y su hermano escuchan calma-damente al médico, a quien agradecen por haber ayudado a traer al mundo a Jax. Existía una particularidad, la mirada del doctor presentó un silencio que preocupó a Ana y su hermano.

— ¿Qué sucede doctor?— preguntó Ana—, sus ojos me dicen que algo sucede.

El doctor luchaba inútilmente por ser indiferente, pero Jax llegó con cinco marcas en su cuerpo, mano derecha y mano izquierda, espalda, pecho y rodilla, una en cada lugar respectivamente. Unas particulares marcas bien definidas en el cuerpo de Jax.

—Debo confesar que esto me sorprende —mencionó el doctor—, aunque

lo encuentro totalmente sano.

Ana contempla al niño con una gran alegría y menciona: "Estas marcas no empañan la felicidad que siento por ti, mi pequeño hijo". .

Cerca de las cuatro de la tarde, Ana pudo ir con su hijo a casa. En un cuarto que quedaba en lo alto de la azotea solitaria, ella mecía a su hijo y observaba la belleza del atardecer, en cada segundo el semblante se ve guiado por la hermosura del cielo al esconderse el sol, para darle paso al gran brillo de la noche. En un silencio apaciguado, se escuchan gritos de angustia, los cuales se hicieron presentes con voz firme para llamar la atención de Ana, quien a través de la ventana, en medio de la oscuridad, podía observar una gran llama que provenía de la casa esquinera perteneciente a los extranjeros Manessevitz y Bowsky. Los pensamientos sollozantes le decían a Ana que era mejor permanecer en casa, pero en contados segundos vio con tristeza y desesperación cómo aquel fuego llegaba a su hogar. En ese momento estaba llegando la crucifixión a su corazón, pues se vio atrapada en un fuego eterno, donde la noche fue apagando sus recuerdos. Rápidamente improvisó una sábana que estaba sumergida en una cubeta de cobre. Se cubrió con aquella tela mojada y junto a Jax su hijo recién nacido, caminó entre el pasillo de la azotea hasta la ventana; pues el fuego argumentaba que toda la casa estaba cubierta de azufre. En un intento por salvarse, Ana observa tristemente cómo su vida recorre su corazón y pensamientos en medio de un sentimiento que paraliza el ánimo y hace constante el sufrimiento humano, en donde al final de aquel momento, irremediablemente apocalíptico para la ciudad de Guayaquil, Ana encontraría el verdadero papel de madre. Con ese toque redentor de la fuerza femenina, preparó con gritos a las personas que desde abajo esperarían a su hijo, a quien lanzaría desde la azotea para salvarlo, mientras el fuego consumía viviendas, donde Ana fue vista por última vez, perdiéndose en el oscuro camino de la noche. El fuego caminó empezando su viaje en las calles Malecón y Aguirre para dirigirse por la calle Pichincha, pues pareciera que el viento con su talento sobrenatural estuviera destinado a envolver en llamas a toda la ciudad.

El fuego viaja rápidamente desde el sector de la Gobernación hasta terminar en el barrio "Las Peñas". En la madrugada del 3 jueves 8 de octubre no quedaba ya nada por quemar y el fuego declinó su presencia, dando a entender que el destino estaba escrito, para de esta manera dar paso a una gigantesca tristeza para los habitantes de la ciudad; entre ellos Don Corcel, hermano de Ana, que se haría cargo de Jax Manuco, el mismo que sin entender lo que ocurría, estaba entre los brazos de su tío con una vestimenta empañada y sin rumbo cierto, guiándose simplemente con la penumbra reflejada en el rostro de su único familiar.

El tiempo, el caminar, el espacio viajaban lentamente alrededor de Don Corcel, quien con su mente confundida hallaba una revelación: el

problema no es quedarse en la nada, el problema es no abandonar a Jax Manuco a la nada. De a poco llegan a un albergue en el Barrio del Astillero. En la primera noche se refugian dentro de una iglesia como sobrevivientes, sin nada más que esa característica. Acostado junto a su sobrino observa nostálgicamente las estrellas y junto a ellas realiza edificaciones de cómo debería ser la vida, con la ayuda del destino y con la luna de testigo. A solas, con sus sueños en el corazón, construía aquel camino que se embarca en un porvenir incierto pero de grandes cambios. Con sus manos toca el cielo y con sus dedos en las estrellas va dibujando lo que el destino le dictaba, lo que estaba escrito. Al transcurrir un mes, en un día en que el sol decide salir, y de lejos, en sueños que para él son reales, mientras se encuentra sentado en la vereda de la calle Aguirre y Malecón, observa el río y entre este ve de lejos a Ana, quien lentamente se va acercando, al mismo tiempo en que el corazón de Corsel se va encendiendo. Con una suave caricia que parece venir del viento, entre sus oídos Corsel escucha una voz que le dice:

\*\*\* \*\* El tiempo corre y arrastra momentos de una ingenua nostalgia, y con 13 años de edad comienza mi historia, la de Jax Manuco parado frente a un espejo reflejando a un niño inquieto con ganas perseverantes de ir descubriendo el entorno, recibiendo una educación particular con la hermana Esther en la casa cuna que rodeaba la calle Bolívar, el cual era mi hogar. Un día de noviembre llegaba el atardecer al momento en que embarqué al tranvía en la estación de Guayaquil. Era la primera ocasión que lo hacía, pues siempre me dirigía a través de un transporte particular. El tranvía comenzaba a recorrer entre ruidos de campanas que acompañaban a los pasajeros. Yo estaba sentado entre adultos vestidos con guayaberas y pantalones de tela, jóvenes y adultos con ropas deshilachadas, niños con hermetismo y un profundo vacío en su mirada. De esa manera me encontré involucrado en un viaje que revelaba las situaciones y circunstancias recorridas por las personas en el tranvía. El viaje llegó hasta una tienda de abarrotes donde trabajaba el padre de la monja Esther. La tienda de color gris tenía una variedad de artículos y alimentos. Ingresé en medio de una puerta pequeña, algo incrédulo por el contenido, allí tuve la oportunidad de saborear mi primer refresco, por un momento me quedé con la mirada dentro de mí, un aire de incertidumbre recorría mi cuello, pues sentía que desde afuera me observaron. Procedí a dar un paseo por aquella tienda y encontré artículos novedosos ante mis ojos: en medio de alimentos, me llamaron la atención pequeñas pinturas con un profundo significado, pero que mi mente no podía descifrar. De lejos pude observar al papá de la monja Esther platicando con un niño, unos dos años menor que yo. Alquería comprar un marco de color negro para colocar una foto; pero en sus 5 bolsillos solo se encontraban dos sucses, un caramelo, y una mirada triste. De lejos mis ojos contemplaron aquella circunstancia en medio de la incomprensión y el nacimiento de un afecto en mi interior. A solo una cuadra de la tienda pude observar al

mismo niño sentado en la vereda de una casa con la mirada fija entre la calle y el cementerio. Mis pensamientos deciden que me acercara a él, con un suspiro de desaliento por lo que aquel niño no pudo comprar. Cuando faltaban dos pasos para llegar a aquella casa, el niño menciona:

—Si quieres, puedes acompañarme a observar mi pasatiempo.

Con un poco de desconcierto decidí hacerlo, por curiosidad y hermetismo. Un silencio descansaba entre los minutos que transcurrían. De repente, un cielo escarlata cubría con una penumbra la tarde que llegaba a Guayaquil. Y de lejos se escuchaba una melodía y varias voces cantando, impulsadas todas por un corazón abatido, quedando en el aire un adiós lleno de desconsoles, cuando a lo lejos pudimos observar un féretro en medio de varias personas que iban caminando, las cuales se dirigían al cementerio de Guayaquil.

Observando fijamente los ojos de aquel niño, me preguntaba en silencio si ese era su pasatiempo.

—¿Siempre te sientas aquí para observar los féretros?—le pregunté.

El niño me sonrió y dijo: “Es una manera de ver las cosas”.

Sin saber que en lo más profundo de su interior se encontraba sembrando la preferencia melancólica de su corazón. Me tendió la mano, al mismo tiempo que decía: “Mi nombre es Ángel”. Luego asintió, ignorando la mirada en mi expresión, al momento en que canciones, alabanzas, llantos, adornaban el tiempo y espacio de aquella tarde, una procesión que llevaba a un difunto recorría las calles, partiendo desde la sala de velaciones, obligatoriamente viajaba por el callejón Juan Pablo Arenas y Morro, lugar por donde vivía Ángel camino obligado para llegar al cementerio. El sol comienza a ocultarse y es momento de regresar a casa, sin antes regalarle el marco de color negro que no pudo comprar. Esto sorprendió su .

Caminando, después de varias cuadras, a la distancia regresé mi mirada atrás y pude observar cómo Ángel con su mano se despedía de mí.

De regreso, decidí caminar a la casa cuna. El semblante de la hermana Esther se combinó con un suspiro de incertidumbre e hizo caso a mi sugerencia de caminar, al mismo tiempo en que los pensamientos de ella se convencían de haber aceptado por única vez una chiquillada. Los pasos transcurrían por el Malecón, alrededor de las siete de la noche y la curiosidad a mis diez años me invadió.

Al caminar por la vereda que se hallaba sumida en la oscuridad, me acerqué a orillas del río. La luna comenzó a reflejarse en el agua, tremolaban y se distendían desde la orilla hasta el horizonte, y levantando mi mirada a lo lejos observé una luz resplandeciente en el río Guayas, que se acercaba paulatinamente. Me arrodillé y mis ojos comenzaron a apreciar un pequeño círculo verde claro mezclado con verde oscuro entre un abismo fosforescente, lleno de pe-ces que giraban como un tocadiscos, y al mismo tiempo constru-yendo pensamientos en donde las preguntas me estaban atormentando. Asustado, abrumado, me retiré hacia las sombras que la noche regalaba, regresé a la vereda donde la hermana Esther con voz fuerte y áspera me decía: < ¡jaj!...= "" ¿dónde= "" te= "" habías= "" metido?= "" debería= "" de= "" castigarte= "" fuertemente= "" por= "" desaparecerte.= "" no= "" quiero= "" volver= "" a= "" saber= "" más= "" de= "" tus= "" andanzas,= "" no= "" puedes= "" esconderte= "" ni= "" jugar= "" cuando= "" la= "" noche= "" está= "" llegando= "" a= "" nuestro= "" caminar.= "" tú= "" no= "" te= "" puedes= "" mandar= "" solo= "" >>, me dijo sin perder la calma.

Me tomó de la mano y seguimos caminando tres cuadras más hasta llegar a la casa cuna.

Con una lentitud en mis pasos subí a mi habitación, meditando en secreto acerca de lo que mis ojos habían observado en el río, pensamientos que se convirtieron en ansiedades en el corazón y que el tiempo tardaría en llegar para sanar aquella intriga del interior. Al siguiente día comenzó una jornada particular de estudios para mí. Me levanté de la cama —conformada por una pieza en forma de auto de Tin Lizzie, realizando como primera actividad la limpieza de la cara por medio de una cubeta de cobre, extrañamente 7 parecida a la que existía en casa aquel primer día en que mi presencia llegó al mundo. A pasos cortos seguí hasta la mesa donde me esperaba una taza de leche, mermelada, pan de centeno, tres patacones, y la mitad de un pescado proveniente del río Guayas.

Dar gracias a Dios por los alimentos era el primer aprendizaje, en ayunas, para después comenzar a desayunar. En medio del aperi-tivo, de lejos alcancé a observar la llegada de una persona con ojos sigilosos, atrapados entre los marcos empañados de unos lentes, con un sombrero al estilo de Al Capone, y un traje color tarde negra, que mostraba el retórico significado de su sola presencia al mismo instante en que se presenta y dice:

—Buenos días. Soy tu nuevo profesor, pero puedes llamarme el inventor de ideas.

Algo un poco inusual a mi mente, el extraño personaje estaba listo para

comenzar las primeras clases de Historia.

—Primero debemos comprender lo que existe dentro de nuestros pensamientos para poder apreciar la magia y el conocimiento en nuestro alrededor menciona el profesor, al mismo tiempo en que recorren pasos entre el pasillo de melancolía que refleja la casa cuna.

En aquel instante caminé en medio de las preguntas silenciosas acerca de la impresión que causa el profesor, entramos a un pequeño auditorio que contaba con dos pequeñas sillas y un pizarrón color verde. El inventor de ideas comienza mencionando:

—En el transcurso del año que estaré enseñando Historia a tus pensamientos, trataré de inventar contigo la máquina de recuerdos.

En aquel instante sonreí melancólicamente y dije:

— Usted tiene una imaginación mayor a la mía, y eso que tan solo soy un niño El inventor de ideas se apartó lentamente de aquel pensamiento compartido y dio paso a su primera enseñanza. Detalló la llegada del corsario inglés Woodes Rogers y sus piratas a Guayaquil .

Esta información conmocionó mi mirada, pues cada palabra del profesor se hilvanaba con sus pensamientos e iba narrando aquella extraordinaria aventura, al tiempo en que analizaba cada detalle y estudiaba aquellos pensamientos, adornados por una gran experiencia que se originaba desde el corazón. Detallar expresivamente el movimiento emancipador de Guayaquil, el 9 de octubre de 1820, encabezado por José Joaquín de Olmedo, fue un conocimiento intelectual y enriquecedor en mis pensamientos. En medio de aquella explicación levanté mi mano para preguntar: "¿Por qué José Joaquín de Olmedo decidió inclinarse por un Guayaquil independiente?"

—Pues, por su rectitud de principios, firmeza de carácter y nobleza de ideas—me dijo—; características de una persona verdadera.

Al momento de leer un libro de historia, mis ojos quedaron sin parpadear al enterarme que aquel ilustre José Joaquín de Olmedo también fue un gran poeta y compositor. El tiempo caminó llevando dos horas, un nuevo conocimiento había llegado a mi memoria, entonces le pregunté al profesor:

—¿Por qué se presentó con ese de inventor de ideas ? Al escuchar esta pregunta los ojos del profesor se llenaron de melancolía y al momento en

que con su mano derecha acomodaba los lentes entre sus ojos mencionó:

—Existen historias, leyendas que dependiendo de tus pensamientos se vuelven realidad. Soy quien ayuda a recrear el pensamiento escondido que existe en el corazón en medio del silencio.

De pronto un suspiro de esperanza adornó la expresión en su rostro y dice:

— Bueno, fue un gran día para aprender. Nos vemos mañana temprano. No olvides retroalimentar lo aprendido cada mañana.

Y así agarro su maletín, su saco, su sombrero Al Capone y se retiró a las calles vacías de Guayaquil. Sentado en una banca de 9 aquel auditorio me quedé por unos minutos reflexionando acerca del extraño significado que trae el "inventor de ideas".

Al atardecer, decidí ir con la hermana Esther a la biblioteca de la ciudad, fundada por el escritor guayaquileño Pedro Carbo.

Emprendí el viaje en tranvía desde la estación, la cual ya era familiar para mí. Al embarcarme vi una decena de personas con periódicos. De lejos pude observar a una persona que se encontraba sentada leyendo con una mirada triste un pequeño artículo del periódico. Era aquel niño extraño y distraído que yo había encontrado en la tienda de abarrotes.

— ¿A dónde te diriges?—le pregunté.

—Pues voy camino a casa—me contestó—, estuve en la frutería que se encuentra a orillas de río Guayas. Allí necesitan un ayudante de medio tiempo que tenga quince años de edad en adelante. Y como necesito algo de dinero pensé que podría ocultar mi verdadera edad; es una circunstancia algo delicada y te pido honorablemente que esto quede entre nosotros.

—Pero por lo que me estás contando estás asumiendo alguna identidad ficticia — le dije—; además, te van a solicitar una partida de nacimiento y quedarás como mentiroso.

Con la mirada en el suelo me contestó:

—Lo sé, pero necesito trabajar para comenzar a estudiar. No voy a presentar algún documento, pues tengo pensado decirle al dueño de la frutería que estoy dispuesto a trabajar por un salario un poco menor de lo que él suele pagar, para que no me solicite algún tipo de identificación.

—Pero... ¿eso costará algo de dinero? —le pregunté.

Ángel asintió y me dijo:

—Por eso iré a mi casa para retirar dos sucres e inmediatamente acudiré a las faldas del Cerro Santa Ana. En lo más alto vive Demetrio, el hombre de los documentos, pero solo atiende cuando el sol comienza a esconderse. .

Así que sin dudarle con una mirada segura mis palabras afirmaron:

—Ángel, te acompañaré a ese lugar.

Con una mirada extraña, en medio del semblante que proporcionaba la hermana Esther sentada frente a nosotros. Ángel me pregunta:

— ¿Estás seguro?—, pues cuando regresemos nuestros ojos podrán observar ya la luna al caer la noche.

—Estoy completamente seguro —le dije—; no quiero perderme esa aventura. Estaré en la biblioteca por dos horas y a las cinco de la tarde nos encontraremos en el pozo de la noria, pues es el único lugar al que sé ir solo.

—Por cierto, necesitaré llevar agua para el trayecto — le dije.

Ángel asintió contemplando mi mirada y con una voz tenue afirmó:

— ¡Está bien!, solo buscaré la manera de fugarme de la hermana Esther y puedes estar seguro que allí estaré.

La hermana Esther con una actitud un poco zaherir me interroga: “¿Aquel niño no es el mismo que nos encontramos en la tienda de abarrotes? ¿Qué tanto conversabas con él?”

—Me estaba mostrando un lugar en el periódico donde venden las frutas más frescas de toda la ciudad —le dije—, y espero que usted me lleve en

algún momento a ese lugar, pues sabe que tanto me gustan las frutas.

—Tranquilo que en su debido momento estaremos en ese lugar —replicó la hermana Esther, quien inmediatamente se levantó y tiró del cable para requerir la parada. 11 El tranvía, de apoco seguía su ritmo en medio del chillido que emergía de los frenos, para detenerse en la parada frente a la biblioteca. En aquel lugar entramos en medio de un pasillo hacia el segundo piso, directamente a la sala de Historia, donde pude esco-ger un libro que narraba la presencia de los piratas en Guayaquil.

Descubrí que la ciudad había sido invadida varias veces y que la indiferencia de las autoridades ayudó a los invasores a quedarse varios días atacando una ciudad sin resistencia, tal y como lo mencionó el inventor de ideas.

A lado de mesa donde reposaban varios libros y folletos creados a partir del gran incendio que estremeció a Guayaquil, una persona tenía un artículo cuyo contenido era un poema de Numa Pompilio Llona, que tenía como título "Desde mi Estancia". Mis ojos comenzaron a leer el primer verso y después no podían dejar de hacerlo, de una manera pausada, ante la mirada de la hermana Esther, quien se acerca preguntando: "¿Puedes entender el conteni-do de ese poema?" Mis pensamientos sabían perfectamente que existían muchas incomprendiones, pero solo bastó expresar que: "En medio de palabras incomprensibles a mi mente, existen palabras que tocan mi interior y las recibo con nostalgia".

El silencio de un minuto esparció la circunstancia, preguntán-dose internamente la hermana Esther el porqué de esas palabras. Sin más que decir nos retiramos de aquel lugar, no sin antes anotar algunos fragmentos de aquel poema; pues quería sentir aquellas palabras entre mis dedos. Esta vez el carro particular de la casa cuna aguardaba fuera de la biblioteca; nos embarcamos y nos dirigimos a nuestro hogar. Al llegar, inmediatamente subí las escaleras dirigién-dome al dormitorio. De un solo salto llegué hasta la cama y con la mi-rada hundida en el techo comencé a andar en mis pensamientos, plani-ficando ideas de cómo fugarme para ir al cerro Santa Ana con Ángel.

La hermana Esther se encuentra en la Sala de Silencio conversando con Dios, realizando múltiples preguntas sin tener respuestas en sus pensamientos, pero siempre con la esperanza en su corazón de que algún día sus ojos verán al Creador traer desde el cielo una tierra nueva. .

— Usted tranquilo mi niño Jax —dijo la hermana Esther con una sonrisa en

su expresión.

—El día de mañana tendré que salir nuevamente y traeré aquella maqueta para su estudio —concluyó.

Con aquella respuesta mi interior asintió negativamente y mi voz comunicó: “Lo que sucede es que la necesito mañana a primera hora en la clase y ¿puede creer?, se me olvidó por completo comprarla al momento en que nos encontrábamos fuera. Y si no la consigo para la clase de mañana , echaré a perder el experimento refrescante de traer viejos recuerdos a la clase; pues el profesor dijo que los viejos recuerdos son los que golpean más fuerte para poder al menos quedarse en el subconsciente del corazón”.

Ante esto, la hermana Esther con algo de dudas en su interior permitió mi salida, no sin antes decirme:

— ¡Por favor, no te demores! Debes ir apresurando el paso, pues la casa comercial queda a cinco cuadras de aquí. Son ya las cuatro y no quiero que andes muy tarde por allí afuera, pues no es muy de fiar para el anochecer que un niño ande deambulando por la ciudad.

—No se preocupe, hermana. Compraré la maqueta y verá que más rápido de lo que canta un gallo estaré aquí nuevamente —le contesté.

De esa manera salí por la puerta, airoso de que las cosas sucedieran como las tenía previsto. Con prisa acudí entre los arbus-tos alrededor de la casa cuna a retirar una camisa cuyo color aparen-taba nubes grises, y una botella con agua para el camino, para diri-girme al pozo de la noria, lugar de encuentro con Ángel. El tiempo presenta las cinco de la tarde y Ángel aguarda puntual en el pozo. 13 De lejos mis ojos pueden observar a Ángel esperando junto al pozo, Con la mirada en sus ojos y a la vez con un poco de inseguridad, le dije:

—Estoy listo para embarcarme a este rumbo y conocer un poco más la ciudad.

Ángel, con sus anteojos empañados y una personalidad reservada dice:

—Espero no te metas en demasiados problemas por venir a acompañarme en esta pequeña travesía. Esto es asunto mío y no debes llevar futuras complicaciones a tu vida.

— ¡Tú, sereno!— le contesté—, nunca me he metido en problemas y si me regañan por esto, pues sería la primera vez.

Siempre me dicen que soy un niño obediente que no da problemas.

Ángel aclamó: “¿Sabes Jax? ¡Eres un poco extraño!, pues conozco a niños de tu edad y no se comportan como tú lo haces.

Parece que quisieras convertir lo mejor de tus pensamientos en realidad”.

Transcurrido el distintivo momento extraño echamos camino al cerro Santa Ana, cargados de dos botellas de agua, una guayabera color gris, un paraguas y un maletín que Ángel había negociado en la tienda de abarrotes en el centro de la ciudad. Unos metros más adelante llegamos a orillas del río Guayas, con vista del malecón hacia Las Peñas, en donde una banda musical se encontraba practicando unas hermosas melodías entonadas con trompetas, bombos, flautas, vibráfono. Entonces, por el lapso de un par de minutos nos quedamos escuchando aquellas melodías que nuestros oídos no habían escuchado nunca antes. Nuestras miradas asombraban un poco a las personas que se encontraban en la banda musical, al mismo tiempo en que nuestros oídos se acercaban a escuchar aquella práctica entonando melodías.

“Es una música agradable a nuestros oídos”, opiné.

Ángel asiente con la cabeza en forma afirmativa y de su boca salen palabras: “a veces encontramos la hermosura de nuestro .

Permanecemos en silencio, al momento en que escuchábamos la banda musical. Con una mirada de incertidumbre le dije a Ángel:

—Hace un momento tus palabras me dijeron que yo soy algo extraño. Sin embargo, ya se han presentado tres ocasiones las que no entiendo lo que tus palabras dicen. Creo que los dos nos encontramos en la misma situación.

Ángel con una ingenua tristeza reflejada en su mirada dice: “Mejor sigamos nuestro destino del día de hoy”.

Comenzamos a levantar pie, iniciando lo que parecía una escalada entre arbustos a través del cerro. Nos comenzamos a alejar de apoco de las primeras casas que se encontraban a orillas del río Guayas, pues en un solo instante me di cuenta que aquella casa en donde habita Demetrio se encontraba en lo más alto del cerro.

— ¿Tienes miedo? —preguntó Ángel.

En ese instante le regalé una sonrisa fingida y le dije: ¡Para nada!, Sólo que es la primera vez que mis ojos observan esta parte de la ciudad, donde la civilización parece no haber llegado aún.

Caminando observé cómo la ciudad se volvía más pequeña a la distancia. En medio de nuestros pasos, Ángel va contando una pequeña historia: Cuenta la leyenda de Nino de Lecumberri, quien fue un español que se dedicaba a buscar tesoros, que en un momento se encontró en peligro de muerte y en ese instante invocó a Santa Ana.

Entonces, él muy agradecido, colocó una cruz con la leyenda: "Santa Ana" en lo alto de la colina, en donde las aves podrían acariciar ese agradecimiento, para de esta manera sustituir el nombre de "Cerrito Verde" por el de "Santa Ana". Analizando mis propios pensamientos, dije: "Parece que te gusta leer ardua-mente". Un suspiro de nostalgia exaltó a Ángel, para decir: 15

— ¡Bueno, en realidad es una historia que me contó mi mamá y lo único que hice fue compartirla contigo! El sol se prepara para ofrecer su presencia por un instante más y en ese momento decidí voltear mi mirada, y de mis pensamientos algo sorprendidos mencioné: "No pensé que hubiéramos avanzado más allá de la mitad. Desde este lugar ya puedo ver casi toda la ciudad. Esta vista ante mis ojos sólo la puedo observar desde aquí, y si llegamos a la cima, el paisaje mejorará".

Con una intriga de lo que nos esperaba más adelante y a la vez con el descubrimiento sorpresivo e imaginativo al que puede adelantarse un niño, nos adentramos más en medio de montes y arbustos, caminando entre tierra hacia arriba, escuchando cada vez más el sonido de aves y escuchando cada vez menos el sonido de la ciudad; al mismo tiempo en que tomábamos sorbos de agua, obligados por el resplandeciente sol que estaba a punto de despedirse de nosotros, y quien era el único testigo de nuestra caminata.

— ¿Ves esa pequeña casa en lo alto del cerro? —preguntó Ángel.

—Aquella de madera color gris, con barrotes en las ventana

—contesté.

—Pues ese es el lugar donde habita Demetrio, el hombre de los documentos.

—Parece como si el tiempo con la vida no hubieran recorrido este solitario lugar —le dije con una sutileza marcada por las circunstancias.

Después de todo Ángel, ¿cómo es que conoces este lugar? — le pregunté algo intrigado.

< creí="" que="" no="" lo="" preguntaría="" >>, me respondió. Pues... ¿recuerdas el día en que me acompañaste a observar el recorrido melancólico que le realizan a un difunto? Por el espacio de un minuto, con una sonrisa que no interactuaba con mis pensamientos, me detuve a recordar en ese extraño momento, y dije: ¡Por supuesto! ¡Cómo olvidar aquel momento en o.

Ángel asintió con la cabeza y me dijo:

—Pues, aquel día me regalaste un hermoso marco que tanto deseaba, al momento en que te marchaste me quedé parado en el portal de mi casa y entre la multitud de personas que lloraban y cantaban al difunto, se me acercó una persona extraña, su brazo derecho se encontraba vendado, escondido dentro de su elegante saco negro y consigo lo acompañaba una mirada silenciosa, su expresión decía sin voz un historial sufrimiento recorrido en su interior. “¿Me vendes tu marco?”, preguntó aquel extraño. Entonces, yo seguí observando el funeral pues creí que el extraño me había confundido con algún niño vendedor. En ese momento noté que levantó la cabeza y se puso misteriosamente melancólico como un árbol que se mantiene de pie a pesar de que sus hojas se caigan, y me volvió a preguntar: “¿Me vendes tu marco?”.

Discúlpeme, pero no soy vendedor, le respondí.

Además, este objeto me lo acaba de obsequiar un amigo y en él pondré una foto mía.

—Por supuesto, me dijo el extraño en un marco fino tan solo hay espacio para una linda foto, que de seguro tendrás., y sin más palabras para

intercambiar se marchó —concluyó Ángel.

Le regalé un hondo silencio a Ángel, quien prosiguió con su relato diciendo: —Inmediatamente noté que había dejado su billetera y en ella sobresalía un carnet de identificación de un señor Casimiro Santoro. Rápidamente me introduje entre la multitud y a gritos exclamé: ¡Señor Casimiro!, se le quedó su billetera, pero aquel personaje extraño parecía ser indiferente ante mi llamado.

Decidí acercarme a él, halé su saco negro, él volteó a verme. En ese momento le pregunté: Lo he llamado más de tres veces, ¿acaso no ha escuchado mi voz? 17

—Discúlpame—me respondió—, por supuesto, he escuchado tu voz con ese nombre, pero no me acostumbro a él.

En ese momento le dije: “Pero he visto su carnet que dice: Casimiro Santoro”.

Entonces el extraño comenzó a dialogar conmigo acerca de sus dos identidades y susurró a mi oído:

Lejos de la comprensión en mis pensamientos quedé mirando fijamente sus ojos observando su tristeza, y pregunté:

— ¿Por qué tiene dos identidades? Y... ¿no debería de ser este un secreto que solo lo comparta con su sombra?

—No creo que mi secreto corra peligro en un niño como tú.

Vengo de muy lejos y además quiero proponerte un trato — replicó el extraño con dos identidades.

Ángel hizo una pausa y mientras caminábamos, mis ojos con un toque de incertidumbre se encontraban clavados en la mirada de él.

“¿Te sucede algo?”, me preguntó.

Una expresiva mirada algo inquietante aterrizó en mi mente.

No es nada le respondí a Ángel, quien continuó con la historia de los documentos:

—En medio de una incertidumbre bienvenida por la circunstancia escuché la propuesta del extraño, ahí en medio del desfile multitudinario, impulsado intangiblemente por el difunto, entre cantos, llantos, y rezos, el

extraño mencionó: "Estos papeles de identidades los he obtenido aquí en la ciudad, en lo alto del cerro, donde habita el hombre de los documentos. Propongo a tus pensamientos a que analicen la oportunidad de tener otra identidad, para que vengas conmigo al lugar donde se encuentra aquel hombre, y aparte de eso te daré tres veces más el valor de lo que cuesta el marco que llevas contigo".

Ángel parecía feliz contando su historia, la que seguía narrando: mite.

Además, podrás ganar un dinero extra. Para que logres entender que mis intenciones no son negativas, dile a tu padre o a algún familiar que venga contigo.

El sol estaba por ocultarse, dando paso a una fría brisa que anunciaba la llegada de la noche, y antes de que termine el desfile multitudinario de lamentaciones le dije al extraño que esa noche pensaré en su propuesta; a lo que él respondió con mirada de tristeza: "Estaré aquí mañana a la misma hora en donde la melancolía desfila a nuestros alrededores".

Un silencio llegó a mí para decirle simple y desconcer-tadamente: "Está bien, mañana le tendré mi respuesta". Entonces decidí en ese momento acudir donde mi profesor particular, el inventor de ideas, a quien lo sigo con los ojos cerrados, pues tengo una inmensa confianza en él, concluyó Ángel.

En medio de nuestro camino a la cima, me detuve por un momento, desconcertado, al enterarme que Ángel conocía al inventor de ideas y le dije: "¡Explícame!, ¿en qué momento llegó a ser tu profesor?" Ángel, con mirada sutil y escuchando la vehemencia de mi voz en aquella pregunta, dijo: "El profesor, el inventor de ideas transcurre su existencia descansando tres veces a la semana en un cuarto al lado de mi casa y muy generosamente me da clases de forma gratuita, una vez a la semana, pues el día 25 de julio en que celebramos las fiestas de la ciudad, realicé un ensayo acerca de la Fundación de Guayaquil. No tenía a quién mostrárselo, para incorporar un punto de vista que me diera un análisis acerca del contenido de mi trabajo. Mi madre conocía que la persona que 19 estaba al lado de nuestra casa es un excelente profesor; le mostró el ensayo. Él corrigió algunas partes del argumento y su ayuda fue valiosa para mi trabajo literario. Es una excelente persona que desinteresadamente me da clases sin recibir alguna compensación económica a cambio, pues el día que sus ojos recorrieron mi ensayo, me dijo que trabajando arduamente podría lograr escribir historias surrealistas, aunque no entendí mucho lo que me quiso decir".

— Al día siguiente, la tarde llegaba arrastrando en el aire un residuo de tristeza que acompañaba la calle del cementerio, y de lejos a paso lento el

hombre extraño llegaba imponiendo su presencia, mientras el inventor de ideas y yo lo esperábamos para aceptar su propuesta— concluyó Ángel.

—El profesor es una persona totalmente seria, filosófica, atado a sus pensamientos. ¿Acaso no cuestionó alguna novedad acerca de los falsos documentos?—, le dije.

Ángel opinó: “Pues parece que al momento de explicarle lo que me había pasado con aquel extraño, sólo se dedicó a asentar la cabeza afirmando y aceptando acompañarme en la travesía al cerro”.

— ¡Buenos días!— saludó el extraño aquel día.

En ese momento se detuvo el tiempo por 10 segundos donde pude medir la expresión del inventor de ideas, la cual se tornó triste y melancólica, pero a pesar de aquello, tragándose su propia saliva dijo:

—Me encuentro aquí para acompañar a este niño extraordinario. Sé que no lo conoce y él tampoco a usted, pero nos encontramos aquí para recorrer un rumbo incierto en donde podremos compartir y descubrir varias facetas de nosotros a través de la iluminación de la conciencia humana.

— ¡Sabía que vendrías!— replicó el extraño.

—Con aquellas palabras pude darme cuenta, que no fue casualidad toparme con Adalberto García, algo me decía en lo más profundo de mi interior, que su verdadera intención era que el inventor de ideas acudiera a aquel lugar— opinó Ángel. .

Me di cuenta en un instante que la vida puede estar predestinada.

La luna parecía estar arreglándose para sustituir al sol que aún se mantenía de pie, y en ese momento llegamos a la casa del hombre de los documentos, recorriamos pequeños pasos, hasta llegar a la puerta color gris, que no coincidía con la estética de los barrotes, el techo era de zinc, oxidado por el tiempo, allí se encontraba una bandera con los colores de la ciudad, pero extrañamente cubierta de flores grises y montes verdes, pareciera que cada semana nuevas flores fortalecían con grandes cuidados alrededor de la pequeña casa, pues iluminaba el solitario y

oscuro lugar. Tocamos la puerta tres veces. Nuestros oídos escuchaban cómo chillaban ta-blas de madera a medida que se acercaban los pasos de aquel perso-naje por descubrir. En un pequeño instante, como si hubiera hecho un chasquido con los dedos, Demetrio abrió la puerta. Su cabello castaño ondulado, con algo de blancura, reflejaba años de vida recorriendo el mundo. Entonces, mis pensamientos en ese instante creían que un mar de recuerdos silenciosos empañaba su rostro de una tristeza disfrazada de coraje.

El hombre de los documentos con voz grave, concretamente con dureza, dice: "Pasen, isiéntense y esperen un momento que iré a buscar los documentos!" Cuando entramos a la casa sentí un intrigante miedo dentro de mí. Ángel exclamó:

—Te confieso que la vez anterior esperé con el profesor afuera, mientras el extraño personaje dialogaba adentro con él. En realidad no quería regresar, pero aquel día a Demetrio se le acabó el papel especial y no alcanzó para mí, así que obligadamente tenía que regresar. No estaría nuevamente aquí, de no ser por el buen material y la calidad con la que se ve el documento, parece tan real que hasta por un momento creí que Demetrio tenía dos profesiones: la de litógrafo y tipógrafo, o al menos sabía de ellas.

Nos encontrábamos sentados en aquel lugar que irradiaba un miedo sin embargo por momentos era cubierto por una extraña 21 sensación de frescura que originaba el olor de las flores alrededor de la casa. Estaba mirando por la ventana y mis ojos observaron fijamente cómo la claridad del día se escondía. En ese momento el temor invadió mi razón, mientras observaba en un rincón de la casa, triciclos que parecían de bronce cubiertos por enormes telas, fotos actuales de la ciudad dentro de un marco que adornaban comple-tamente la pared, pero cubiertos por una gran sábana llena de polvo, medallas cuyo contenido lo tenía cubierto de papel para asegurarse que nadie pudiera ni siquiera imaginarse el contenido de aquellas medallas. En ese momento me pregunté el significado eterno de aquellas cosas guardadas en un rincón, pues era como darse cuenta que Demetrio había tomado la decisión en un tiempo determinado de guardar todo en un rincón de recuerdos, aislados exclusivamente para tener una indiferencia a aquellos momentos que no querían ser traídos a la mente o al corazón.

En un momento de silencio, en donde nuestros ojos y oídos se convertían en la única atención con énfasis hacia nuestro alrededor, escuchamos el chillido de la puerta. Mi corazón en ese momento parecía tener algo de taquicardia, y mis ojos querían esconderse al invadirme el temor. Mis pensamientos sabían que algo misterioso rondaba, entonces en ese momento ingresó el extraño, una persona de estatura baja, quien a pesar de que Ángel conversó con él anteriormente, esta vez se presentó

formalmente, mirándome a los ojos y dijo:

—Mi nombre es Adalberto, el ayudante de Demetrio.

Sus ojos reflejaban una agónica situación de recuerdos que parecía eran los que estaban a punto de desmoronarlo, y me llamó la atención su traje color negro al estilo de la época victoriana, con un sombrero de gala que escondía una parte de su cuerpo escuálido.

Llevaba tres fundas: una con víveres, la otra con materiales de distintos papeles y tinta—supuse que para su trabajo de falsificación de documentos— y la otra cargada de hermosas flores y girasoles que contrarrestaban la apariencia y el ambiente dentro del hogar.

A pesar de la exposición de la primera impresión, el ayudante regaló una sonrisa fingida e inmediatamente exclamó: .

Con la voz un poco apagada por la intriga del momento, le dije: “Estamos aquí porque hemos venido a reclamar unos documentos que no han sido entregados”.

La mirada de aquel individuo permaneció clavada en mis ojos, y dando dos pasos se acercó y me preguntó: “¿Cómo te llamas?” Con la voz afligida por el momento pero llena de sutileza, y con la mirada esquivando los ojos de aquel personaje, le contesté:

—Mi nombre es Jax Manuco ¡Y estoy aquí acompañando a mi amigo! En aquel instante su mirada dibujó un pensamiento. “Tenemos algo en común los dos” —me dijo el escuálido señor—, permanecemos y caminamos acompañando a alguien que de alguna u otra manera ayudamos subliminalmente.

— ¿Por qué dice eso?— le pregunté.

Nos ofreció una pequeña y sincera sonrisa y dijo: “Tú estás aquí acompañando a tu amigo y yo estoy aquí acompañando a Demetrio, quien puede caminar a través de mis ojos”.

— ¿En verdad es usted su ayudante? —le pregunté.

—Pues es una manera de llamarlo, ya que a través de mi impulso este lugar se mantiene en pie—replicó Adalberto—, quien inmediatamente

continuó:

—Esperen aquí un momento, voy a ver a Demetrio.

Mientras esperábamos, nuevamente observé por la ventana en donde la noche nos daba la bienvenida, noté cómo Ángel estaba observando y me dijo: “No te preocupes que en un par de minutos nos darán mis documentos y rápidamente nos iremos de aquí”.

En aquel instante le regalé a Ángel un suspiro de tranquilidad.

En aquella casa existía una particularidad que me llamó la atención, 23 pues se encontraban cubiertas múltiples cosas que fácilmente podían adornar aquel lugar; podía percibir como la tristeza daba la bienvenida en medio de la expectación del lugar. Me atreví a desta-par momentáneamente una tela que cubría las fotos y las medallas, la tomé con mis manos y pude darme cuenta que Demetrio había ganado una medalla de oro en natación cruzando el río Guayas en el año 1888. Desenvolví la envoltura que cubría la medalla y en ella se encontraba un dibujo del río, la foto era el mejor testigo en donde a Demetrio se lo ve sonriente, un semblante totalmente diferente a la primera impresión que en ese momento nos había dado.

Llegó Demetrio con una fisonomía hostil y con una virulencia en la voz nos observó y dijo: “Acaso tus padres no te han enseñado que no debes tocar lo que no te pertenece, No te quedes ahí pasma-do, muévete y deja eso en su lugar”. Totalmente desconcertado, cerré mis ojos que esquivaron la mirada irascible del hombre de los documentos. Ángel en la otra esquina construye señales con sus manos en significado de que pronto nos iremos de ese lugar. Adalberto, quien a pasos cortos se dirigió hacia la puerta, se quedó para-do guardando silencio por un momento para decirnos:

—Me gustaría saber la historia del por qué él se encuentra triste.

— ¡Parece que has pensado en voz alta!—, dijo el señor Adalberto.

— ¿No será que tus ojos han visto tanta tristeza y melancolía encerrada en este lugar?— replicó Adalberto. Entonces una sonrisa fingida salió de Demetrio, pues sabía que aquella petición fue lanzada para él. .

Pude notar fácilmente un ahínco en su voz que se adueñó de las circunstancias, mientras la omisión de palabras permaneció por el lapso

de dos minutos entre todos los que estábamos en ese lugar.

—Es mejor que nos retiremos—dijo Ángel—, vámonos.

Disculpen las incomodidades y les agradezco infinitamente el trabajo que hicieron para darme estos documentos. ¡Buenas noches! Descansen.

—Abandonemos este lugar —me susurró al oído Ángel.

El corazón se encontraba un poco encendido y con espacio mayor para el temor. Rápidamente caminamos hacia la salida ya preparada para nosotros. Salimos, cerramos la puerta y en el corredor de aquella casa me detuve un momento para decir: ¡Espera!

— ¿Qué sucede? —preguntó Ángel.

Mi mirada anunciaba una eventual situación encontrada. “Esta es una flor que tiene todos los colores”, lo dije en voz alta. Nunca había visto varios colores en una sola flor. Decidí arrancarla desde su tallo, pues el alrededor de la casa estaba adornado con flores que fácilmente uno podía tomar. Pero inmediatamente escuchamos cómo abrían bruscamente la puerta por donde salimos. Era Demetrio, quien de una manera colérica grita desde lejos: “Son unos chicuelos malcriados. ¿Quién le dio permiso de coger algo de mi propiedad?” Sin pensarlo dos veces decidimos echarnos a correr, al mismo tiempo en que nuestros corazones palpitaban de la intriga y el miedo.

—¿Por qué estamos corriendo?—pregunté en mi interior—, no creo que en sus pensamientos aunque sean coléricos hubiera planeado hacernos algún daño; pero lo único que podíamos entender en ese momento era solo correr. Cuando, bruscamente, nos detuvimos al no saber dónde más seguir, pues la oscuridad de la noche nos había invadido.

—Y ahora... ¿qué hacemos? —pregunté con voz algo temblorosa.

—Espera un momento —dijo Ángel—, en mi maletín tengo una linterna.

En ese momento Ángel sacó de su maletín aquella linterna de petróleo y la deslizo hacia mi mano. Seguimos caminando. La luz que generaba la linterna se movía de un lado a otro, producto de mis manos algo temblorosas, al mismo tiempo en que mordía mis labios. Me está dando frío, y ahora ¿cómo llegaremos a nuestro hogar? Era la pregunta que podía construir a cada momento dentro de mí. Ángel ofrecía una mirada temerosa.

—No te preocupes, ya es la segunda vez que he estado aquí y a pesar de la oscuridad podremos llegar a nuestro destino —replicó Ángel— quien en su mirada se podía leer una profunda preocupación de la actual circunstancia.

Avanzamos en medio de un camino que los dos y nuestra linterna construían en cada paso que avanzábamos. Cada vez que mi mirada se dirigía al cielo, podía observar el gran brillo de la luna que era nuestra única acompañante. De repente, un zumbido del cielo anuncia una gran lluvia en compañía de un rayo que por dos segundos alumbró totalmente nuestro alrededor para poder ver en ese pequeño lapso el panorama de la ciudad, la cual se encontraba aún lejos camino abajo. La mirada de Ángel reflejaba lo que su corazón sentía en ese momento, así que tragándome mi cobardía, mi preocupación y disfrazando el reflejo de mi mirada, dije:

—¡Tranquilo Ángel! ¡Te apuesto un sucre a que saldremos de esta situación!, solo sigamos.

La lluvia rápidamente acarició todo nuestro cuerpo, seguimos avanzando caminando sobre tierra húmeda que el agua caída del cielo generaba. Nuestros pasos eran más lentos por el lodo que se había formado. A pesar del gran ruido de la lluvia, de lejos alcanzamos escuchar un gemido parecido al de un pájaro, pero con .

A medida que avanzamos nos acercábamos más a ese ruido, hasta que subí un poco la linterna con mis manos y observamos un pájaro de colores, que tenía un ala rota. Cada vez que colocábamos la linterna cerca de su pico, éste realizaba un ruido agudo que se oía en todo rincón de nuestro solitario alrededor, a pesar de la gran lluvia.

—Parece que conozco qué clase de pájaro es, creo que parece un papagayo—fueron mis palabras.

—¿Cómo sabes que se llama de esa manera? Es un nombre extraño, prácticamente es un loro —dijo Ángel.

Por un instante quedamos viendo fijamente cómo la lluvia golpeaba algo fuerte al animal, y reflexionamos que el papagayo podría sufrir o morir al no tener donde ir, pues su ala rota se lo impedía. Así que decidimos llevarlo con nosotros. Mis manos, algo temblorosas por las circunstancias, agarraron al animal y rápidamente lo metimos en el maletín que teníamos con nosotros, dejando solo la cabeza del papagayo afuera para que pueda respirar. Avanzamos, decidimos acelerar un poco más el paso para que la noche no nos siga mostrando todos sus detalles. De repente escucho un: "¡Ay!", me tropecé con una piedra era el grito de Ángel. Y al instante la palabra piedra fue la palabra del papagayo. Nos quedamos algo impresionados al oír mencionar aquella palabra que el animal la repitió como tres veces, así es que por unos minutos la curiosidad y la gracia reemplazaron nuestro miedo. No puedo esperar en enseñarle esto a la hermana Esther y a mi profesor fueron mis palabras pensando en voz alta.

—¿Tienes pensado conservarlo como tu mascota? —preguntó Ángel.

— ¡Por supuesto! —Le dije—, es un animal extraño, pero cuando quieras también lo podrás tener.

Seguimos con nuestros pasos desesperados por encontrar varias luces que nos indiquen la llegada a tierra plana donde habita la ciudad, cuando de repente el papagayo sale del maletín y comienza a volar. "¡No!", fue el grito desesperado desde mi interior. 27

—¿Cómo es que puede volar con un ala rota?— inquirió Ángel.

Echamos a correr tras el animal, guiados por nuestra linterna.

De lejos veíamos a breves rasgos cómo se escapaba el ave, cuando de repente nuestros pies tocaron tierra demasiado inclinada y nuestros cuerpos cayeron colina abajo dando vueltas y vueltas sin parar, bajando rápidamente del cerro. Supuse en ese momento que siendo tan solo niños íbamos a morir, hasta que aterrizamos en un charco y nos empapamos de lodo; pero estábamos a salvo. La linterna se rompió, pero en ese momento, desde ese lugar nuestros ojos arrojaban tranquilidad; así como nuestro semblante fue dibujando serenidad y alegría. Veíamos ya la ciudad adornada con luces en la noche, sabíamos dónde estábamos, listos

para dirigirnos hacia nuestros respectivos hogares.

Llegamos hasta el malecón, cuando Ángel dijo: "Sé que esta noche al llegar a mi hogar tendré un gran problema; pero me quedo con la aventura del día de hoy, en que al fin descubrí la alegría, el temor y la intriga".

Reflexionando acerca de lo que Ángel quiso decir, saqué unas monedas de mi bolsillo, y en medio del viento de la noche le dije: "En la caída hemos tenido suerte de que no perdiéramos tus documentos, el dinero, ni el maletín... solo el papagayo, el cual me hubiera gustado mucho tenerlo como mascota".

—Bueno es hora de irme —dije—, son las ocho de la noche, tomaré el último tranvía que pasa por este lugar.

En ese instante observé nuevamente la luna, la misma que fue testigo de toda nuestra travesía.

Me despedí de Ángel, no sin antes desearle mucha suerte, y así lo vi partir bajo la lluvia, cargando un farol y los documentos falsos bajo su camisa, mientras la oscura noche ofrecía una gran llovizna que se desmoronaba sobre Guayaquil. Aquella voluminosa lluvia sorprendió a toda la ciudad. Algunas personas cubriéndose con paraguas se encontraban en la calle recordando nostálgicamente en cada gota de lluvia momentos que se encuentran de regreso al .

En ese momento estaba caminando por la rotonda del malecón, pocas personas veían con vehemencia cómo me encontraba cubierto de lodo, parecía un trabajador de ferrocarril que caminaba después de conquistar un arduo trabajo, hasta llegar a la estación del último tranvía. La lluvia poco a poco se encargaba de quitar la suciedad que cubría mi ropa, al tiempo en que aceleraba el paso a la estación. Caminé hasta las calles Aguirre y Pichincha, donde llegué ante la mirada atónita de las personas que esperaban la llegada del tranvía. Desde lejos se escucha el chillido de la locomotora, a medida que las ruedas se encuentran frenando lentamente en respuesta a la gran lluvia; entonces metí las manos en mi bolsillo y saqué dos sures. Estaba listo para abordar.

El chofer y su ayudante estaban alegres por unos chistes que éste contaba; pero luego me observaron y su mirada iracunda empañó esa alegría, al mismo tiempo que sus ojos se direccionaban hacia mi ropa mojada y las marcas en mi cuerpo.

—¿No tenías algún paraguas que te proteja de la lluvia? — preguntó el chofer.

—Sí lo tenía —le dije— pero es una historia algo larga de contar.

—Por favor, tienes que mantenerte parado —me dijo el chofer—, de lo contrario mojarás el asiento y a las demás personas que viajan contigo.

—De acuerdo, me escabulliré entre las personas y ni siquiera notarán mi presencia— le dije al chofer.

En la entrada del tranvía se había puesto un anuncio que decía: Ciudad para recordar.

Y así me embarqué, entre caballeros vestidos con su traje negro, quienes observaron con una mirada algo desconcertada mi ropa mojada y las magulladuras en mi cuerpo. Parado entre los barrotes, cerca de la ventana, meditando y creando mi propia historia para tener una justificación del por qué llegaría tarde aquella 29 noche, el ayudante —quien acudía a cada persona a retirar el boleto— sigilosamente se acerca y me dice: "Nunca había visto a alguien con unas marcas en su cuerpo como las tuyas... ¿son de nacimiento?".

—Así es —le respondí—, y sinceramente no sé por qué nací con ellas, así que siento decepcionarle en su intención de averiguar más allá.

Me regaló una mirada de cateto y siguió cobrando el boleto.

Mientras mis ojos escudriñaban por la ventana, escuché la campana del tranvía anunciando una parada en el palacio Municipal. La lluvia comienza a abandonar la ciudad, y en ese momento mis ojos se llenaron de una dramática sorpresa al observar lo que pareciera una transfiguración de colores en lo alto del palacio que coincidía a la altura de río Guayas, era una imagen parecida a la que anteriormente mis ojos habían visto en el mismo río. El tranvía tocó su campana anunciando su marcha a la siguiente parada, y con ella se embarcó aquella imagen recordada que sería mi propio sueño despierto. Los pasajeros podían visualizar con

facilidad cómo la luz se construía en mis pensamientos.

— ¿Te has quedado asombrado por ver algo?, pues tus ojos reflejan aquello— replicó un pasajero.

— No es nada —respondí—, lo que sucede es que ya es un poco tarde y lo único que deseo en este momento es llegar a mi casa.

Con tristeza en mis ojos, como si la penumbrosa oscuridad de la noche hubiera arrancado un poco de esta para invadir mi interior, y con una incertidumbre dentro de mis pensamientos que no se atrevían a mencionar lo que solo mis ojos alcanzaron a ver, me quedé recordando todo lo que aquel día había acontecido.

— ¡Te obsequio este suéter! —Exclamó una señora que se sentó al lado mío— te servirá para protegerse del frío, ya que así mojado de seguro enfermarás.

Asintiendo con la cabeza, acepté su ayuda y agradecí. .

—Estoy camino a casa —le respondí—, ya he viajado varias veces aquí en el tranvía, es el camino, no pasará nada, le agradezco su preocupación y estaré eternamente agradecido con usted por este suéter.

La mirada de aquella señora se encontraba clavada en mis marcas anunciando sin palabras lo sorprendida que se encontraba.

Camino a mi hogar comencé a analizar con mi mente en estudiar las infinitas posibilidades de justificaciones para ofrecerlas a la hermana Esther, aunque simplemente podía deducir que me habría perdido. El frío llegó después de que la lluvia cesó. La noche era con una incertidumbre nostálgica al observar el paisaje recorrido frente a la ventana del tranvía y así, con ese sentimiento llegué a mi última parada, me incliné algo más de lo normal para mover la cuerda que haría sonar la campana para anunciar mi destino, para luego echar a correr tres cuadras más para llegar a la casa hogar.

Al llegar, sigilosamente mis manos abren la puerta y en la sala se encuentra sentada la madre Esther, con una infinita preocupación conversando con el profesor, el inventor de ideas. Me observan ingresar

por la puerta y en ese momento un silencio incierto invadió la sala de la casa—hogar, no solo mi persona ingresó, también lo hizo una nube de suspiro y alivio que invadieron rápidamente a la hermana Esther y al profesor.

— ¡Por el amor de Dios, dime dónde te has metido! ¡Dime por qué me haces esto! — exclamó la hermana Esther, al mismo tiempo en que sus ojos se humedecían y con sus manos en mis hombros me sacudía de un lugar a otro.

Sabía perfectamente que no iba a pegar el ojo el resto de la noche, subí las escalares directamente a mi cuarto con la cabeza agachada y el corazón encendido. Tomé un baño cargado de espuma, con mis pensamientos cargados totalmente en la travesía que sucedió aquella noche. Recostado en la cama, por la ventana podía observar la luna, la misma que me acompañó mientras recorría el 31 cerro con Ángel, igual de brillante la que seguía siendo una compañía en aquel instante. Al cabo de dos horas de estar acostado con la mirada en la pared, dedicado solo a contemplar mis pensamientos; pude cerrar mis ojos y entregarme al cansancio, para dar paso a un sueño que me seguía consecutivamente. En lo más profundo del subconsciente habitaba aquel sueño. Me encontraba en medio de la ciudad y de repente caía a un vacío y mientras lo hacía, mis piernas experimentaban un dolor diez veces más fuerte que un calambre.

Luego llegué al piso y quería echar a correr pero no lo pude hacer con velocidad, por más que mis piernas se esforzaban en acelerar el paso, estas se encontraban pesadas y mi viaje se tornó más lento.

Al despertar recordé de inmediato la similitud de sueños en mi mente con las de ocasiones anteriores, encajando cada vez más un significado que por algún temor no me sentaba a explorar. Llegó la mañana de una manera fresca, atrapada en un encierro de días. En aquel despertar me lavé la cara, bajé al comedor donde me esperaba el desayuno: pan y agua, pues era lo único con lo que me debía alimentar en penitencia a mi escapada. El conserje que llevó el desayuno menciona: < ¿cómo es que un niño como tú puede hacer semejante cosa como la de anoche? todos aquí en la casa—hogar se alarmaron por tus travesuras. lo que necesitas es una buena tunda >>.

En ese instante respondí encogiéndome de hombros, pero luego, levantado el plato de desayuno mencioné: ¡Por favor, llévese el agua, solo me serviré pan en esta ocasión! El silencio invadió al conserje, retirándose

de a poco.

A la distancia podía leer los labios del conserje que decían: < en=""  
verdad="" este="" muchachito="" necesita="" una="" paliza.="&quot